

ella ninguna cosa haré de cuanto hasta ahora he tolerado solo para ser mas severamente castigado en vuestro tribunal, y para que esté eternamente con vos en el cielo, haced que sea plena y perfectamente vuestro sobre la tierra. Amen.

### MEDITACION CXXII.

LOS FARISEOS PREGUNTAN A JESUCRISTO CUANDO DEBE VENIR EL REINO DE DIOS.

San Lucas, cap. XVII, v. 20, 21.

“Preguntado después por los fariseos, cuando vendrá el reino de Dios? Les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con aparato. Ni dirán helo aquí ó helo allí; porque he aquí que el reino de Dios está dentro de vosotros...” “Los fariseos que oían á Jesucristo y que habían oído á su precursor hablar continuamente del reino de Dios, anunciar á los pueblos que se acercaba, que venía y que había ya venido, le preguntaron en este momento por burla y con una especie de insulto: ¿Cuándo, pues, viene el reino de Dios? Por el reino de Dios, los judíos entendían la venida del Mesías, las victorias que conseguiría de sus enemigos y la venganza que tomaría de aquellos que habían oprimido su pueblo. Se figuraban que bajo de este rey vivirían en paz, con gloria y en la abundancia, y que todas las naciones estarían sujetas y les serían tributarias. Jesús respondió á su pregunta con tres palabras llenas de una sabiduría divina y que nosotros debemos meditar y aplicarnoslas.”

### PUNTO I.

PRIMERA PALABRA DE JESUCRISTO Á LOS FARISEOS.

“El reino de Dios no viene con aparato...” Esto es: Primero. El reino de Dios no viene con aquellas brillantes señales de una grandeza mundana que deslumbran los ojos de los hombres y les hacen adorar la majestad del trono... No; el reino del Mesías que debe conducirnos á Dios, no es el reino del orgullo y del fausto, sino el reino de la santidad y de la virtud; reino de los corazones despegados de la tierra y que suspiran solamente por los bienes del cielo. Reino lleno de grandeza, pero de una grandeza celestial, sólida y digna de Dios.... Este es el reino bajo el que vivimos, triunfamos, gozamos la paz, la gloria, la abundancia y los bienes espirituales que nos presenta.

Segundo. El reino de Dios no viene de modo

alguno anunciado con señales en el cielo, ni con fenómenos en el aire que se puedan observar.... No se conoce la venida del Mesías y el establecimiento de su reino con observar los movimientos del cielo, el curso de las estrellas y las leyes de la naturaleza. El establecimiento del reino de Dios no se puede prever como se preveñ el buen tiempo y las lluvias, con observar los vientos y la situación de las nubes.... Observaciones frívolas, ciencias fustas si nos hacen olvidar la ciencia de la salud, y si nos hacen perder de vista al autor de la naturaleza, sus designios y sus caminos para nuestra santificación, y eterna felicidad. ¡Ah! ¿qué sirve saber todo lo restante si no se sabe y si no se practica la religión? Lo que los fariseos habrían debido observar con rectitud de corazón y que solo observaban con malignidad, era la vida santa de Jesucristo, sus milagros y el imperio absoluto que ejercitaba sobre los demonios; por estos caracteres habrían fácilmente conocido que el reino de Dios había ya venido.... Estudiar á Jesucristo, la naturaleza de su reino, la manera con que lo hace subsistir sobre la tierra, lo que se debe hacer para entrar en él, para vivir en él y gustar de sus divinas delicias; esta es la ocupación sólida y la verdadera ciencia y sabiduría del hombre; sin esto, todo lo demás no es otra cosa que necesidad.

Tercero. El reino de Dios no se recibe y ninguno puede disponerse á recibirlo y á entrar en él por medio de observaciones externas, superfluas ó hipócritas, sino por medio de virtudes sólidas que hacen el espíritu de la ley, por la humildad de corazón, por la docilidad y por la sumisión del espíritu, por la pureza de las costumbres, por la rectitud de intención y por el amor de Dios y del prójimo. El que tiene esta virtud no tiene dificultad en reconocer el reino del Mesías y la Iglesia que él ha fundado; en ella entra, en ella vive, gusta sus frutos, espera las recompensas. Fuera de este reino se encuentran solo falsas virtudes, y el que tiene solo el exterior de la virtud no vive, para hablar propiamente, bajo de este reino. ¡Y con todo eso, entre nosotros cuántos aparatos exteriores sin lo interno, cuántas superficies sin profundidad y cuántas apariencias sin realidad! Examinémoslos aquí y no nos engañemos.

### PUNTO II.

SEGUNDA PALABRA DE JESUCRISTO Á LOS FARISEOS.

“Ni se dirá helo aquí, ó helo allá...” El que dijese esto experimentaría estar engañado él mismo, y querer engañar á otros.

Primero. No se podrá decir esto con verdad de la persona del Mesías, porque cuando vendrá su

reino establecido con aparato de magnificencia y hará sentir á sus enemigos los primeros golpes de su venganza con la ruina de su ciudad y de su templo y con la dispersion de su nación, ya no estará el mismo sobre la tierra en una manera visible; habrá subido al cielo, estará sentado á la diestra de su Padre, y ya no se dejará ver mas á los hombres en general, ni á pueblo alguno en particular, sino cuando vendrá á juzgarlos todos y derramar sobre sus enemigos los vasos de su furor y de su justicia. Reinará entre tanto sobre la tierra con su presencia invisible y sacramental, con sus leyes y con su espíritu.

Segundo. No se podrá hablar así de su reino invisible que obra la gracia. El reino de Dios que debe establecer el Mesías, cuanto á su parte esencial y final, no consiste en cosa alguna externa que pueda mostrarse y de que se pueda decir: Helo aquí, ó helo allá.... Este reino es todo interior, él está en el alma del justo, en que Dios establece su trono y donde reina; consiste en las virtudes infusas de la fe, de la esperanza, de la caridad, en la obediencia á las leyes y á las máximas de este reino, en la unión con Dios, que obra en nosotros el espíritu del Padre y del Hijo.... ¿Está en nosotros este reino? ¿vivimos nosotros bajo este divino imperio? ¡Ah! empleémosnos con todas nuestras fuerzas para establecerlo siempre mas en nuestras almas con el ejercicio de todas las virtudes y con la huida de todos los vicios.

Tercero. No se podrá hablar así de su reino visible, que es la Iglesia. Estableciendo el Mesías el reino de Dios entre los hombres, este reino, bien que interno y en un sentido invisible, debía necesariamente, por otra parte, ser externo y visible por la profesión de la misma fe, por la recepción de los mismos sacramentos y por la obediencia á las mismas cabezas y pastores. Se esperaban los judíos que este reino fuese solamente para ellos, que ellos solos habían de gustar de sus delicias y que los otros pueblos sentirían solamente su peso y su autoridad; pero este reino adorable no debía ser limitado á algun país ni alguna nación de la tierra, y esto es lo que nosotros llamamos la catolicidad de la Iglesia, la Iglesia católica. Cada cisma, cada herejía, cada secta tiene su ángulo destinado y su propio pueblo; se puede decir de toda falsa religión: *helo aquí ó miralo allá*; pero el reino de Dios, la Iglesia de Jesucristo es de todo país, de todos los pueblos; esta Iglesia está solo unida á la misión que Jesucristo ha recibido de Dios y que ha dado á sus apóstoles y á sus sucesores hasta la consumación de los siglos.... Si decimos que la Iglesia romana es el centro de la fe, no lo decimos ya por causa de Roma, ni de su situación, ni de sus fundadores ó habitantes, sino porque esta Iglesia tiene por cabeza el sucesor de san Pedro, cabeza de los apóstoles, de cualquier país ó de cualquier nación que sea. Luego la Iglesia

de Jesucristo, el reino de Dios, que es lo mismo, no se halla acá ni allá; ella se halla donde se halla la misión de Jesucristo, donde está la sucesión del apostolado unida al sucesor de san Pedro, donde está la obediencia á esta sucesión.... Obra verdaderamente divina y que vemos subsistir ya por mil ochocientos y mas años y que subsistirá hasta el fin de los siglos.... ¡Ah! vosotros que no estais en este reino, en esta Iglesia, procurad entrar cuanto antes, no lo dilateis; fuera de ella no hay salud. Pero nosotros que tenemos la dichosa suerte de estar en ella, demos gracias á Dios, no nos portemos como miembros corrompidos, muertos é inútiles, sino vivamos en ella de la vida de la gracia y aprovechémosnos de los grandes bienes que en abundancia nos ofrece este reino.

### PUNTO III.

TERCERA PALABRA DE JESUCRISTO Á LOS FARISEOS.

“Porque he aquí que el reino de Dios está ya en medio de vosotros...”

Primero. El reino de Dios estaba en medio de ellos por la presencia del Mesías, el Hijo y el Cristo de Dios, el rey de Israel bajado del cielo, enviado por su Padre para establecer el reino de Dios; pero como les echaba en cara Juan Bautista, él estaba en medio de ellos y ellos no lo conocían, ó por mejor decir, no lo querían conocer; fingían buscarlo y lo perseguían. Jesús está aun en medio de nosotros en su Sacramento; pero lo reconocemos, lo adoramos, lo recibimos; ¿cómo cumplimos nosotros nuestras obligaciones para con él; ¿cómo correspondemos á su divino amor?

Segundo. El reino de Dios estaba en medio de ellos por la predicación del Evangelio, que era el actual establecimiento del reino de Dios. Entonces justamente se anunciaba y se predicaba, y muchos entraban en él por medio de una fe sincera. Lo sabían los fariseos, lo veían, murmuraban de ello, y se oponían, en vez de entrar en él y de seguir el ejemplo que se les daba.... De la misma manera está aun en medio de nosotros el reino de Dios. Es predicado, es anunciado y viene practicado. ¿Cuántas almas santas viven con toda la perfección del cristianismo y en una perfecta obediencia á las leyes divinas de este reino, gustan la paz y las dulzuras del reino de Dios y aspiran á sus eternas recompensas! Nosotros conocemos muchas de estas almas fieles, las vemos, vivimos con ellas y ellas viven con nosotros. Pero ¡ay de mí! espectadores ociosos del reino feliz que está en medio de nosotros y que es para nosotros, no experimentamos en nosotros algunos sentimientos de emulación. Bien lejos de imitar su fidelidad, su docilidad y su vir-

tud, acaso nos burlamos de ellas, las motejamos y las perseguimos.

Tercero. El reino de Dios estaba en medio de ellos por el estrépito de las venganzas que bien presto debían caer sobre ellos y que ya merecían. Esperaban los judíos un rey victorioso que derrotaría sus enemigos y sujetaría todas las naciones. Pero además de las victorias espirituales de este Rey divino, de que no tenían idea alguna, debían sus victorias y sus temporales venganzas caer sobre ellos mismos por su incredulidad y en pena de su delicto. En medio de ellos, en medio de su nación, en su país, en la misma ciudad de Jerusalem se debía sentir este reino de terror, cuyos fundamentos, por decirlo así, estaban amasados con su indocilidad y su odio. No eran, no, las naciones las que debían ser sujetadas por este rey vencedor; debían ser ellos mismos, que después de haber sido vencidos por las naciones, debían ser dispersos y quedar vagando hasta el fin del mundo, para enseñar á todos los pueblos y á todos los fieles la terrible venganza que de ellos toma su rey y su Dios que ellos han crucificado. Así castiga Dios los hombres con mil funestos accidentes, que parecen solo efectos ó de la política de los reyes ó de las leyes de la naturaleza. Todos saben por cuántos caminos se venga Dios de sus enemigos, y cada uno de su parte se descuida en examinar si él mismo sea del número de los enemigos sobre quien deban recaer sus venganzas. Con mucho gusto discernimos de los castigos que visnen sobre los otros, y si alguna vez pensamos en los que mereceremos. El reino de Dios, el reino de su cólera y de sus venganzas está ya acaso en medio de nosotros y nosotros no nos queremos dar por entendidos. Nosotros multiplicamos nuestros pecados y vivimos tranquilamente en ellos, y no tememos los castigos que acaso están ya muy cerca de caer sobre nosotros si no nos enmendamos de ellos y si no hacemos penitencia.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Lejos de mí, ¡oh Dios mio! una tal desgracia! Haced antes bien que aprecie y me aproveche de estos momentos en que me ofrecéis aun con larga mano vuestras gracias para establecer vuestro reino en medio de mí! Os adoro, ¡oh Rey de la gloria! reconozco vuestro reino visible, vuestra santa Iglesia; en ella creo y profeso las angustias verdaderas; con temor y confianza espero el gran día de vuestra última venida. ¡Ah, Señor! venga vuestro reino, hacedme merecedor de él y dignos de conducirme á él por el camino que mas os agrade. Amen.

MEDITACION CCXIII.

COLOQUIO DE JESUCRISTO SOBRE EL DIA DEL HIJO DEL HOMBRE.

San Luc., c. XVII, v. 32, 30.

Jesucristo en este coloquio trata: primero, de la fe de los justos; segundo, de lo que ha de padecer la Iglesia; tercero, de la seguridad de los pecadores.

PUNTO I.

DE LA FE DE LOS JUSTOS.

Primero. *De los deseos de la fe.* Los fariseos se retiraron poco contentos de la respuesta de Jesucristo, no habiendo podido sacar de él cosa alguna que suministrase materia á sus calumnias y á sus censuras, y lo dejaron solo con sus discípulos. A estos habló el divino Salvador en una manera menos enigmática sobre todas las partes de la pregunta de los fariseos... "Y dijo á sus discípulos: vendrá tiempo cuando deseareis ver uno de los días del Hijo del hombre y no lo veréis..." No tardó de llegar este tiempo para los apóstoles; cuando después de la Asunción de Jesucristo á los cielos y al principio de la predicación del Evangelio, vieron sublevarse por todas partes tantos falsos apóstoles, falsos Cristos y falsos profetas que corrompían la verdadera fe, que no eran inspirados sino de la ambición y del interés, y que hacían degenerar en vicio la gracia y la santidad misma del Evangelio... "¿Quién podrá dejar de gemir á la vista de tantas almas, como viven hoy en el día en el engaño y que cada día se dejan todavía cegar, engañar y corromper? ¿quién puede dejar de desear que Jesucristo se deje ver, que defienda él mismo su causa y que confunda los seductores y haga parar una vez el curso al error y al engaño? Pero no; no comparecerá ya hasta el último día; así lo ha regulado su divina sabiduría, y después de todas las instrucciones que nos ha dejado, se debe confesar que si hay engañados, son aquellos que lo quieren ser. Con que nuestros deseos no se deben dirigir á que este Dios Salvador se muestre entre nosotros para regular nuestra fe, sino á que nos guié á sí, para vivir eternamente con él."

Segundo. *De los clamores de la fe.* "Y os dirán: he lo aquí, ó miralo allá. No queráis ir ni los sigáis..." Lo oímos aun nosotros: también se dice á nosotros, aquí está el Cristo, la palabra de Dios, el puro Evangelio; allá está el Cristo, la verdad, la doctrina verdadera de los padres; aquí está el Cristo, sus milagros, sus potencias, sus milagros y prodigios. ¡Ah! todo esto no es la voz de la fe; guardémonos de dejarnos engañar, no creamos

estos discursos, no asistamos á estas asambleas, no leamos estos libros, no entremos en estas sectas, en estas conspiraciones, en estos partidos. Betámonos donde estamos, donde han estado nuestros antepasados; estémonos en nuestra asunción á los legítimos pastores en la Iglesia de Jesucristo. He aquí la voz de la fe, la Iglesia, la Iglesia católica, apostólica y romana. Los primeros pastores unidos á su cabeza. En esta Iglesia católica y universal, que está en todos los lugares, encontraremos á Jesucristo, la palabra de Dios, el puro Evangelio, la verdad y la doctrina de los padres, los verdaderos prodigios y los verdaderos milagros. Aquí nos hemos de atener; no vayamos á otra parte, no nos dejemos llevar de la curiosidad ni del mal ejemplo.

Tercero. *De la luz de la fe.* "Porque así como el relámpago corre de un lado del cielo al otro resplandeciendo y alumbrando lo que está debajo, así será del Hijo del hombre en su día." Este relámpago que se dejara ver de una extremidad del cielo á la otra, es al mismo tiempo la figura de la predicación del Evangelio, que de la India se ha esparcido en todo el mundo, y ha iluminado todas las naciones. La figura de la Iglesia cuya viva luz se deja aun ver en todos los pueblos del mundo. La figura de los castigos con que Dios castiga los pecadores cuando menos se lo esperan... La figura en particular del terrible castigo que ha ejercitado contra los judíos con la ruina de Jerusalem, con la destrucción del templo y con la dispersión de este pueblo decidido por toda la superficie de la tierra... Y finalmente, la figura del último día de las venganzas del Señor, en el cual ya no habrá mas ceguedad voluntaria, y en que todas las criaturas se verán obligadas á reconocer á Jesucristo, al Hijo del hombre, por el verdadero y único Hijo de Dios. La naturaleza nos pone frecuentemente á la vista el fenómeno de que habla aquí el Salvador. Y así en vez de dejarnos llevar y sorprender entonces de un temor frívolo y pueril, acordémonos de las palabras de Jesucristo, pensemos que aquellos relámpagos y aquellos truenos no son sino una débil imagen de la cólera del Señor que reventará contra los incrédulos que habrán desechado las luces de la fe, y contra los pecadores que no habrán conformedo en esta vida su conducta con ellas.

PUNTO II.

DE LO QUE HA DE PADEECER LA IGLESIA.

Primero. *En su cabeza.* "Pero primero es necesario que él padezca mucho, y sea desechado de esta generación..." Jesús ha fundado esta Iglesia con su muerte, con sus tormentos, con sus humillaciones, y por ellas ha entrado en

su gloria, y ha adquirido el derecho de vengarse de sus enemigos, de salvar su pueblo y de juzgar los vivos y los muertos... ¡Oh, y cuán infinita es su gloria! Pero ¡oh y cuán grandes han sido sus tormentos! Infinitas son las obligaciones que nosotros le debemos, pues para nosotros son su gloria y sus trabajos y nos ofrece el mérito de estos y la eternidad de aquella.

Segundo. *En sus miembros.* Los miembros deben ser tratados como la cabeza; deben ser del mismo modo que ella, perseguidos, humillados, despreciados y aborrecidos: como ella deben ser desechados; deben padecer y sufrir mucho, y finalmente deben morir como ella... Así han sido tratados por el curso de muchos siglos los apóstoles, los cristianos y los católicos por los judíos, por los paganos y por los herejes... Admiramos el valor de tantos generosos mártires: ya se han pasado sus dolores, sus tormentos y su sufrimiento; pero no pasará jamás su gloria... Están en el cielo unidos á su cabeza, triunfando con ella, y con ella también juzgarán un día el universo.

Tercero. *En nosotros mismos.* Nosotros nos sentimos fácilmente enterecidos con la memoria de la pasión del Salvador, y admiramos con buen corazón los combates de los mártires y de los confesores de la fe; pero tenemos después una suma dificultad en aplicar á nosotros mismos la necesidad de padecer y de sufrir. Suspiramos por la recompensa y no reflexionamos que para merecerla es necesario antes padecer mucho... Por esto al presentárenos la ocasión de padecer y de sufrir, ó la huimos, ó nos lamentamos, ó tal vez murmuramos: con todo, se debe llenar esta medida padecer mucho. Lejos, pues, de huir de los trabajos, aprovechémonos con alegría y con ansia de todos aquellos que se nos presentan, y en defecto de los tormentos que presentaba la persecución, abraemos los que nos presentan los ejercicios de la penitencia, las obligaciones de nuestro estado, el comercio de los hombres, la miseria de los tiempos, el rigor de las estaciones, las incomodidades de la edad ó de la enfermedad y los dolores de la muerte. Aprovechémonos de todo, recojámoslo todo y digámoslo frecuentemente: *Debo padecer mucho:* para esto estoy aquí en la tierra; no siempre lo podré, y estoy aun bien lejos de haber padecido mucho... Estas reflexiones nos animarán, nos harán mas fácil la paciencia y santificarán aquello poco que sufrimos.

PUNTO III.

DE LA SEGURIDAD DE LOS PECADORES.

Primero. *Recorramos lo pasado y primeramente el diluvio universal.* "Y lo que sucedió en

los días de Noé sucederá también en el día del Hijo del Hombre. Comían y bebían los hombres y las mujeres, se casaban hasta el día en que Noé entró en el arca y vino el diluvio y les hizo perecer á todos....” Noé, advertido de Dios que la tierra había de ser sumergida en pena de los pecados de sus habitantes, construyó por su orden una arca para salvarse él y su familia del diluvio universal. ¿Qué pensaron los pecadores á vista de los preparativos de este santo patriarca? Tuvieron compasión de la credulidad de Noé. ¿A qué atendieron? A sus placeres, á su fortuna y al establecimiento de sus familias. Entre tanto Noé entró en el arca, cerró en ella la puerta, y todos los hombres fueron igualmente sumergidos en las aguas del diluvio.... ¡Hombres insensatos! ¿estareis siempre apegados á la tierra como si esta jamás os hubiera de faltar? ¿no os vendrá jamás al pensamiento que tenís un Señor, y que la fuerza de irritarlo llegareis al momento en que hará venir sobre vosotros su venganza?—Segundo. *El incendio de Sodoma.* “Como también sucedió á tiempo de Loth, comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban, y en el día que Loth salió de Sodoma llovió fuego y azufre del cielo y todos perecieron....” Sodoma, habitación deliciosa, centro de la abundancia, del lujo y de los placeres, es juntamente el emporio de todos los delitos. Sodoma piensa solo á gozar de su felicidad y á continuar sus disoluciones. Ya no hay que temer un diluvio, pero Dios tiene muchas suertes de castigos. El día en que el único justo que se mantenía en aquella ciudad salió de sus murallas, una lluvia de fuego y de azufre la convirtió en cenizas y consumió con ella todos sus habitantes.—Tercero. *La toma de Jerusalem.* “Y lo que sucedió en los días de Noé sucederá también en los días del Hijo del Hombre....” Repitiendo el Salvador estas palabras un poco mas abajo, podemos entenderlas aquí de la ruina de Jerusalem, del templo y de la nación judaica por medio de los romanos. Ninguna cosa semejante se esperaban los judíos en el día que precedió á este funesto suceso. Habían crucificado al Hijo de Dios, perseguían sus apostólicas, hacían morir sus discípulos, estaban bien lejos de temer sus amenazas; de este modo ponían el colmo á sus pecados. El castigo se preparaba lentamente; al fin reventó todo de un golpe con todas las circunstancias que estaban predichas y anunciadas. “Cómo, pues, es posible que tantos ejemplos de la cólera de Dios no aterrén á los hombres ni detengan el curso de sus delitos? Pero ¿ay de mí! No se reflexiona sobre esto; solamente se piensa á la tierra, á establecerse en ella, á gustar en ella de las falsas honras del pecado y á deterrar del corazón el temor de los castigos terribles de un Dios.

Segundo. *Consideremos lo presente.* Vemos cómo se vive en el mundo y con qué seguridad

no se cesa de irritar al Señor; entre tanto los vasos de su cólera no están todavía vacíos, revientan cada día los castigos y no nos hacen más advertidos ni mas sabios.... ¿Cómo se vive en aquel país que dentro de poco desolará la peste, en aquella ciudad que por momentos será arruinada del terremoto ó bombardeada del enemigo, ó en aquel barrio que está para ser consumido de las llamas ó en aquella casa que está para caer? ¿cómo se vive en aquella armada en que la muerte amenaza herriendo estrago, en aquella nave expuesta al furor de todos los elementos y que está al punto de ser sumergida? ¿cómo se vive en un cuerpo frágil que por mano de la muerte ó por enfermedad de pocos días ha de ser dentro de poco corrompido en un sepulcro? ¡Oh necesidad de los hombres! ¿no soy yo por ventura del número de los insensatos? ¿me hallo ya acaso en el término de mi vida? ¿estoy dispuesto? ¿tengo todas mis cosas en orden? El justo se halla muchas veces envuelto en el mismo caso que oprime al impío; pero el mismo accidente es una gracia inadmisible para el justo que se halla dispuesto y la última señal de su predestinación; al contrario, para el impío es su último castigo en esta vida y la sentencia irrevocable de su eterna reprobación.

Tercero. *Echemos los ojos sobre lo venidero.* “Así sucederá en el día en que se manifestará el Hijo del Hombre....” Si queremos entender estas palabras del día del juicio universal, se puede decir que los hombres que entonces vivirán serán sorprendidos en las frívolas ocupaciones y en los desordenados placeres en que actualmente se hallarán.... Es verdad que están advertidos, y no lo somos nosotros también ahora, pero sin cesar de despreciar los avisos? Verán ellos señales precursoras de la ira de Dios, y no las vemos por ventura nosotros también ahora, teniendo además de esto la audacia de explicar todas las cosas segun las leyes de la naturaleza, sin referir las cosas á Dios, y sin hacer alguna aplicación á nosotros mismos para enmendar nuestras costumbres?... ¿Pero qué? ¿debe por ventura el temor de los castigos de Dios impedirnos el comer, el beber, el fabricar, el vender, el comprar, el contraer matrimonio y formar compañías?... No; este no es el sentido de las palabras del Salvador; antes bien, se debe hacer todo segun el espíritu del cristianismo, sin olvidar á Dios, sin cesar de procurar agradarle, sin cesar de temer ofenderlo, sin apegar el corazón á la tierra, sin cometer injusticia, sin omitir las obligaciones de la caridad, sin manchar el cuerpo y el corazón con placeres prohibidos, y sin olvidarnos que el tiempo es breve, y que después de esta vida mortal tenemos otra eterna que merecer.

#### PETICION Y COLOQUIO.

Dadme, oh Señor! estas santas intenciones en

todas mis acciones; haced que no siga el ejemplo de los que se pierden y que no me fie sobre la multitud, sino que penetrado de vuestros juicios á vos solo busque, á vos solo desee y á vos solo ame, para poseeros eternamente. Amen.

#### MEDITACION CCXIV.

FIN DEL COLOQUIO DE JESUCRISTO CON SUS DISCIPULOS SOBRE EL DIA DEL HIJO DEL HOMBRE.

S. Luc., c. XVII, v. 31, 37.

Primero: Jesús da diversos avisos á sus discípulos; segundo, los discípulos hacen una pregunta al Salvador; tercero, Jesucristo responde á sus discípulos.

#### PUNTO I.

JESÚS DA DIVERSOS AVISOS Á SUS DISCÍPULOS.

Lo primero. *Sobre la renuncia de los bienes de la tierra.* Es necesario dejarlo todo, no detenerse á tomar cosa alguna y no volver atrás, ni aun con sola la vista.... “Entonces el que se hallara sobre el terrado, y tuviere en las casa sus alhajas no bajé á tomarlas, y el que estuviese en el campo, del mismo modo no vuelva atrás, acordaos de la mujer de Loth....” Estas palabras indican cuán urgente será el peligro y con qué prontitud será necesario huir para evitarlo, sin detenerse á tomar cosa alguna para llevarla consigo. Así se hace cuando una ciudad se ha dado en poder de las llamas y de un enemigo vencedor é irritado. Esto es lo que dentro de poco le debe suceder á la infiel Jerusalem, mas culpada que Sodoma, y lo que debe seguramente suceder un día al mundo entero.... Pero queriendo aplicar esto al sentido moral, debemos aprender de ello á dejar el mundo, salir de él, huirlo, ó en efecto ó á lo menos con corazón, con el afecto y con la conducta, huir este mundo consumido de las llamas de la codicia, de la impureza, de la ambición, de la avaricia y de la venganza; huirlo por temor de perecer con él en las llamas, y pasar de las del vicio á las del infierno, huirlo sin dilación, sin sentimiento, sin llevar consigo cosa alguna, sin volver atrás, sin hacer caso de nuestras antiguas inclinaciones, y aun sin mirar hacia atrás. “Acordaos de la mujer de Loth....” ¡Cuántos como esta se huirán de las llamas y del incendio y los ha perdido sola una mirada! ¡Ah! Olvidemos de una vez al mundo, no hagamos caso de sus locuras, demos un adios á sus vanidades, no váyamos

detrás de su iniquidad, todo nuestro pensamiento sea de alejarnos siempre mas de él y salvarnos.... Ahora á lo menos, que conocemos la vanidad del mundo, á lo menos en este asilo que nos separa del mundo, á la hora por lo menos de la muerte, en aquella hora última, la sola que nos queda de tantas otras que hemos perdido, afortunados de nosotros si ya no habremos dado un pensamiento al mundo, si habremos pensado solamente á nuestra eterna salvación.

Lo segundo. *Sobre la renuncia de la vida.* “Cualquiera que procura salvar su vida, la perderá, y cualquiera que la perderá, la vivificará....” El Salvador inculca muchas veces esta máxima, y esto nos debe hacer advertir su importancia.... Muchos por amor de la vida presente han renunciado á la fe ó no se han atrevido á abrazarla, y se han condenado; muchos por conservar su sanidad, por gustar las comodidades de la vida, por gozar los placeres del mundo, no han querido abandonarlo y se han perdido. ¡Ah! Cuando se trata de la fe y de la salud del alma, nada se debe estimar, ni aun la misma vida. ¿Y qué cosa es esta vida en comparación de aquella que se gana sacrificándola? Muchos aun en la muerte tienen todo su pensamiento en conservar una vida que no obstante sus conatos ya se acaba, en lugar de pensar en hacerse dignos de aquella que les ofrece la eternidad, en que ya se ven al punto de entrar.

Lo tercero. *Sobre la separación que Dios hace de los hombres.* “Os digo que en aquella noche dos estarán en una cama; el uno será cogido, y el otro será abandonado. Dos mujeres estarán moliendo juntas, la una será cogida, y la otra será abandonada; dos (estarán) en el campo, uno será cogido, y el otro abandonado....” Bien que estas palabras mirasen especialmente los acontecimientos que en este discurso tenia en mira el Salvador, podemos muy bien aplicarlas á cuanto sucede hoy día delante de nuestros ojos, y que debe hacernos adorar con temor y con acción de gracias, los consejos impenetrables de la sabiduría de Dios. En el mismo estado, en la misma condición, en la misma ocupación, en la misma familia se toma el uno y se deja el otro; el uno viene quitado de este mundo y dejado el otro, el uno es conducido á la soledad, al retiro, y el otro queda expuesto á todos los peligros del siglo; el uno sirve á Dios con fidelidad y solo piensa en agradarle, y otro está dedicado del todo á sus placeres, á su fortuna y á su ambición; finalmente, en el último día, el uno será tomado para ser colocado con los ángeles y con los santos en la gloria, y el otro será abandonado á los demonios para ser con ellos pasto de las eternas llamas. ¡Gran Dios! ¡qué separación! Aquí todo está confundido, los buenos y los malos viven juntos, duermen debajo de un mismo techo, ejercitan las mismas funciones, atienden á los mismos trabajos; pero el ojo de

Dios lo dicierne todo, y su juicio infalible é irrevocable separará todas las cosas.

## PUNTO II.

PREGUNTA HECHA Á JESUCRISTO POR SUS DISCÍPULOS.

Los discípulos tomando la palabra... "Le respondieron y dijeron: ¿dónde oh Señor?...". No pretendía siempre el Salvador que sus discípulos comprendiesen todo el sentido de los discursos que tenía con ellos. El Espíritu Santo debía darles un día la inteligencia de los misterios, y los sucesos mismos debían descubrirles la verdad de las predicciones. Ni tampoco nosotros sabemos ahora sobre qué cosa caía precisamente la pregunta de los discípulos. Es este uno de los pasos de la Escritura oscuro para nosotros, sobre el cual debemos pasar por encima con humildad, ó examinarlo solamente para nuestra edificación.

Primero. ¿Era general esta pregunta? ¿caía acaso sobre el lugar de la separación? ¿preguntaban por ventura *dónde* se haría esta separación, por la cual el uno sería tomado y abandonado el otro? Si fuese esto, la respuesta dependería del objeto de la predicción. Si en esta predicción se trata del juicio que Dios debía ejercitar sobre el pueblo judaico, por el que los unos debían quedar y perecer bajo del hierro de los romanos y los otros salvarse; por el que los unos debían quedar en su odio contra el Mesías y en su oposición al cristianismo, y los otros abrazar la fe de los apóstoles y aprovecharse de la gracia de la redención, este discernimiento y separación se debía hacer en la misma Jerusalén y en toda la Judea... Si se trata del juicio que Dios ejercita sobre todos los hombres y de lo que se manifestará en el último día al universo entero, es el lugar *dónde* cada día se hace y *dónde* se hará solamente este discernimiento y separación de los buenos y de los malos, de los réprobos y de los escogidos, y esto se debe temer en todo lugar, y todos por esto debemos estar en vela en todo lugar y en todo tiempo.

Segundo. ¿Caía acaso la pregunta en particular sobre aquellos que serían dejados? ¿preguntaban por ventura *dónde* serían dejados y á qué suerte quedarían destinados? Los judíos que debían ser dejados, estaban destinados á la muerte, á la esclavitud, á la dispersion, á la ceguera y dureza del corazón, al odio y al desprecio de todos los pueblos de la tierra. La suerte de aquellos que son dejados en la corrupción, en los vicios del mundo, es el pecado, la ignorancia, los cuidados inútiles, el olvido de Dios, la ceguera y dureza de corazón. Aquellos, finalmente, que serán dejados después del último juicio, no ten-

drán otra porción que la de los demonios, el fuego y los tormentos del infierno. Roguemos, pues, para no ser dejados; no desechemos á nuestro Redentor que se nos ofrece para tomarnos y librarnos, no resistamos á la mano caritativa que nos extiende, sigámoslo y dejémoslo conducir.

Tercero. ¿La pregunta de los discípulos caía acaso en particular sobre aquellos que debían ser tomados? ¿preguntaban por ventura *dónde* deberían ellos ser conducidos y qué cosa debían ser? Aquellos que debían de ser tomados debían ser sacados de las sombras y de las figuras de la ley, de las tinieblas del paganismo y de los errores del siglo, para ser conducidos al cumplimiento y á la realidad, que es Jesucristo... Debían estos en el último día ser apartados de la compañía de los pecadores para ser conducidos á Jesucristo y reinar eternamente con él en la gloria... ¡Oh bienaventurada mansion! hácia ti quiero continuamente caminar; yo te desee y espero llegar á ti siguiendo y viéndome desde ahora á mi divino Redentor, y separándome de aquellos que no lo conocen ó que no siguen las máximas y las leyes de su Evangelio.

## PUNTO III.

RESPUESTA DE JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS.

"Y él les dijo: En cualquiera parte que estará el cuerpo allí se juntarán las águilas..." Proverbio común y usado, pero de que no era fácil á los discípulos hacer entonces la aplicación. Las águilas como las demás aves de rapiña buscan su pasto en los cadáveres y se juntan donde los hallan. ¿Pero aquí cuál es el cuerpo que debe servir de pasto y cuáles las águilas que deben juntarse y alimentarse de él? Sin pretender determinar la verdadera aplicación de estas palabras, podemos aplicarlas para nuestra edificación.

Lo primero. *Al cuerpo de la nación judaica en el tiempo de la ruina de Jerusalén.* Cuerpo muerto, abandonado y desechado de Dios, sobre el cual se debían arrojar las águilas romanas para devorarlo en cualquiera parte que se albergase ó se encerrase... Imágen del cuerpo de los réprobos, sobre los cuales se dejarán caer los demonios, aves voraces, para hacerlos compañeros de sus suplicios después de haberlos hecho cómplices de su rebelión.

Lo segundo. *Al cuerpo místico de Jesucristo que es su Iglesia.* Este cuerpo en presa de la persecución, continuamente expuesto á la muerte, ó antes bien verdaderamente muerto á las vanidades, á los errores y á los placeres de este

1 El adverbio *ubi* en griego y en hebreo, puede también en latín significar *que*.

mundo, en cualquiera lugar que se halle las almas generosas lo descubrirán con un ojo penetrante; fijarán en él sus miras, y allí se juntarán para alimentarse de las verdades que en él encontrarán, y para sustentarse del cuerpo mismo de Jesucristo, escondido bajo los velos de un alimento ordinario y presentado en un estado de muerte, en memoria de la que sufrió por nosotros y que nosotros debemos estar prontos á sufrir por él.

Lo tercero. *Al cuerpo glorioso del Salvador en el gran día de su triunfo y del juicio universal.* Este cuerpo hárbaramente tratado, destrozado por los azotes, desagrado, levantado sobre la cruz, herido de una lanza y encerrado en el sepulcro, comparecerá entonces vencedor y triunfante, llevando aun las cicatrices de aquellas llagas que han rescatado y redimido el mundo. Al rededor de este cuerpo glorioso se unirán, en una multitud innumerable, las almas fieles que de sus llagas han sabido sacar su fuerza y su valor, y entrarán con él en el cielo, donde se alimentarán de él en las delicias del amor divino por toda la eternidad.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Haced, oh Señor! que yo sea del número de aquellas águilas misteriosas que se elevan hasta el cielo, que nada tienen de acá abajo y terreno, ni apego alguno á las cosas caducas y que contemplan los rayos del sol de justicia. Animadme, oh Dios mío! con vuestra santa gracia para que pueda dignamente sustentarme de vuestro sagrado cuerpo y hallar en él una prenda segura y consolante de mi eterna unión con vos. Amen.

## MEDITACION CCXV.

PARABOLA DEL JUEZ Y DE LA VIUDA.

S. Luc., c. XVIII, v. 1, 8.

DE LA CONSTANCIA EN LA ORACION.

Consideremos: primero, cuál es el principal objeto de esta parábola; segundo, cuál es el sugeto; tercero, cuál es su explicación.

## PUNTO I.

DEL OBJETO PRINCIPAL DE ESTA PARABOLA.

"Y les decía también una parábola para enseñarles que conviene orar siempre y nunca cansarse..."

Primero. *Conviene orar siempre.* Esto se

practica de dos maneras. Primera. Con la continuación de la oración, de suerte, que una persona ore siempre ó casi siempre tomando este término moralmente, sin que en su oración se halle alguna considerable interrupción. Una práctica tan bella y tan útil, no es en sí tan difícil como frecuentemente imaginan algunos. Se trata solamente de la preparación del corazón y de vencer con esto la pereza, la desidia y aquella tibieza que nos impide hacernos violencia. ¡Ah! si quisiésemos hacer la prueba y ejercitarnos en esto por algún tiempo, muy presto nos adelantáramos y llegaríamos á la perfección. ¿Quién nos impide cada vez que tenemos un movimiento bueno levantar el corazón á Dios, ó para darle gracias, ó para alabarle, ó para pedirle socorro, el perdón de nuestros pecados y la gracia misma de la oración, para ofrecerle lo que hacemos ó lo que tenemos que padecer y que sufi por él? ¿quién nos impide decirle que creemos en él, que en él esperamos y que lo amamos? ¿en cuántas ocasiones podríamos, sin algún perjuicio de nuestras ocupaciones, pensar en Dios, que todo lo ve y que está presente á todo, entretenernos en salmos, himnos y cánticos espirituales? ¿cuando no hiciésemos otra cosa que rezar la oración del Padre nuestro, la salutación angélica ó alguna otra oración vocal, cuando las necesitásemos muchas veces al día, creemos que nuestro día no estaría mejor empleado de lo que lo está de ordinario? ¿qué consuelo y qué provecho no sacaríamos? Y para esto no es necesario hacer un grande esfuerzo ni mucho conato del espíritu; basta la sola buena voluntad, amar á Dios y desear agradarlo. Segunda. Con la perseverancia en la oración. Perseverancia en los ejercicios regulares de la oración y perseverancia en la petición que hacemos á Dios de cualquier gracia particular que queremos obtener. Hay algunas gracias que debemos pedir hasta la muerte. Una oración perseverante es siempre ó de un modo ó de otro oída de Dios y siempre bien despachada en el modo mas conveniente á nuestra santificación.

Segundo. *No es jamás conveniente perder el valor ni caer de ánimo.* Primero. En los males de esta vida, porque en la oración tenemos el remedio. Había hablado el Salvador á sus discípulos de los peligros y de las desgracias que debían acontecer, y ahora los exhorta á no caer de ánimo sino recurrir incessantemente á la oración. ¿Por qué? Porque la oración es un escudo que nos hace impenetrables en las adversidades. Las mismas adversidades nos son útiles en cuanto nos obligan á recurrir á la oración. No perdamos el ánimo, ni en las persecuciones que se nos mueven ni en las tentaciones que la carne y el demonio nos hacen experimentar, ni tampoco lo perdamos en nuestras imperfecciones, en nuestras caídas ni en nuestros pecados. La oración es un remedio para todo. Recurráramos á la oración, pidámos al Señor incessantemente y con

perseverancia y triunfaremos de todos nuestros enemigos, y sus mismos esfuerzos se volverán en provecho nuestro. Segundo. No conviene desanimarnos en la oracion misma. Nada nos desanima en el ejercicio de la oracion, nada nos la haga abandonar. Nos desanimamos por la flojedad, por el tedio, por el disgusto; estos son obstáculos que conviene superar, pruebas que conviene sufrir y que tienen un tiempo limitado; son finalmente, tentaciones que conviene vencer.... Nos desanimamos porque nos persuadimos que el ejercicio de la oracion nos es inútil, que Dios no nos oye, que de ella no recibimos algun provecho, que en ella perdemos el tiempo, que empleamos una fatiga supérflua, y que finalmente, no hemos sido criados para esto y que Dios no lo exige de nosotros. ¡Ah! echemos lejos de nosotros (estos pensamientos que son otros tantos errores que el demonio se esfuerza á inspirar en nosotros para apartarnos de la oracion, estando cierto que si le sale bien, quedaremos sin defensa y expuestos á todos sus lazos. Nos desanimamos tambien por las culpas que cometemos, por las disposiciones á que nos abandonamos y por los pecados en que caemos; pero entonces justamente es cuando debemos orar mas que nunca; no dejemos de recurrir prontamente y con nuevo esfuerzo y fervor. No hagamos caso del demonio, que todo lo pondrá en obra para apartarnos de ella; antes bien escuchemos á nuestro divino Salvador que nos anima de una manera la mas fuerte y la mas tierna por medio de la siguiente parábola. Pidámosle la gracia de penetrar bien su sentido y de no perder jamás de la memoria la instruccion que contiene.

## PUNTO II.

## DEL SUGETO DE LA PARÁBOLA.

Primero. *Los caracteres de los personajes.* "Había un juez en cierta ciudad, el cual ni temía á Dios ni respetaba á los hombres...." ¡Oh y cuán digna es de compasion una ciudad cuando es gobernada y juzgada por un hombre de este carácter, que ni tiene conciencia ni honor, que no teme los juicios de Dios y no tiene atencion alguna á las necesidades ni á las instancias de los hombres, y que no le da cuidado su alma ni le importa su reputacion. La ley pasa un tal juez es un remedio débil contra la injusticia y la opresion. Segundo. *Carácter de la viuda.* "Y había en aquella ciudad una viuda...." Esta viuda afligida, falta de los bienes de fortuna, sin proteccion y sin apoyo, antes aquello poco que tenía de lo suyo, se lo había quitado un hombre injusto, que además le pedía lo que ella no tenía y cruelmente la importunaba.... Imágen bien visible de la Iglesia perseguida y de toda

alma fiel afligida que sufra con ella. Esta parábola la instruye de las obligaciones que debe cumplir y de la esperanza que la debe sostener. Segundo. *La conducta de los dos.* Primero. Por un largo intervalo de tiempo.... la viuda había hecho recurso al juez.... "Iba al juez, diciéndole: hazme justicia de mi contrario...." Defiéndeme, librame de la opresion, reprime y castiga al que me oprime.... "Y él por mucho tiempo no quiso...." Viuda desgraciada, ¿qué harás tú, pues? ¿A quién recurrirás para mover un corazon tan bárbaro? Tú no tienes alguno que se interesa por tí, y cuando lo vieras, tu juez no escucha persona alguna, á nadie tiene respeto. ¡Ah! no te queda otro remedio que una horrible desesperacion. No, esta viuda abandonada y desahuciada sin otro socorro que ella misma y su súplica, de ninguna manera se desanima; vuelve otra vez al juez y le dice: "Házme justicia de mi contrario...." El juez la volvió á despedir y nada hizo. De nuevo vuelve y hace la misma peticion y recibe la misma repulsa. No se cansa la viuda, vuelve otra y varias veces con su misma peticion; pero el juez no se enterece y no niega la justicia. ¡Oh cuántas dilaciones! Jamás se acaba la alternativa de las peticiones y las repulsa. Pero la viuda no se acobarda ni pierde el ánimo. ¡Ah! viuda desgraciada! Son inútiles tus empeños, inútiles tus instancias; tú pierdes tus pasos y tus plegarias. ¿No conoces á tu juez? En vez de moverlo é inclinarlo é favorecerte, no haces otra cosa que irritarlo mas siempre contra tí. No importa, la viuda continúa y siempre vuelve. Segundo. Finalmente la continuacion y la perseverancia y la misma importunidad de la viuda vencieron la dureza, la iniquidad y la obstinacion del juez.... "Pero después de esto dijo entre sí: aunque no temo á Dios ni tengo respeto á los hombres, con todo eso, porque esta viuda me importuna, le haré justicia para que no venga al fin á inquietarme...." No, decía entre sí, ningun motivo de religion, ni alguna consideracion humana es capaz de obligarme á hacer lo que no quiero; pero á lo menos soy deudor en alguna cosa á mi propia tranquilidad. Odamos una vez á la importunidad de esta viuda.... De esta manera, con la perseverancia salió la viuda con obtener de este juez la justicia que le pidió y que ya por tanto tiempo se le negaba. Comprendemos nosotros bien el sentido de esta parábola? ¿Qué otra cosa ha de haber mas eficaz y mas urgente para animarnos á la oracion para llenarnos de confianza y consolarnos en todos nuestros males? Jesucristo mismo es el que nos propone esta tierna parábola; pero le escuchemos ahora tambien, que nos da su explicacion.

## PUNTO III.

## EXPLICACION DE LA PARÁBOLA.

Primero. *Diferencia entre el sugelo de esta parábola y el objeto que ella representa.* Primero. Entre el juez y Dios.... "Y dijo el Señor: atendid lo que dice el juez injusto." Pues Dios no hará justicia á sus escogidos? Observad, dice Jesucristo, que este juez es perverso é inícuo y que vuestro Dios es justo y es la misma equidad; que este juez es un juez bárbaro é inflexible, y que vuestro Dios es tierno y compasivo; que este juez no tiene honor y es poco celoso de su reputacion y que vuestro Dios es celoso de su gloria, la cual jamás cederá á ninguno; un Dios que se ha reservado la venganza y que debe públicamente ejercitarla.... Ahora vosotros habeis oido la resolucion que toma este juez cruel é injusto de escuchar las súplicas de una mujer perseguida y de hacer cesar la vejacion; no ya estimulado de los sentimientos de humanidad, sino por su propio interés y porque la suplicante lo importuna; pero Dios á quien vosotros servís es justo, es bueno, es el Padre de las misericordias, el Dios de toda consolacion. ¿Cómo, pues, podréis vosotros creer que no escuchará las voces de sus escogidos? Segundo. *Diferencia entre la viuda y la Iglesia que ella representa.* "Y Dios, pues, no hará justicia á sus escogidos, los cuales lo invocan día y noche y será lento en daño suyo?" Aquella es una viuda por la que el juez no tiene otra cosa que indiferencia ó acaso tambien desprecio; estos son los escogidos de Dios, esta es la esposa amada de su querido hijo; son almas dotadas de su gracia, en quienes él habita y en quienes se complace y cuyos intereses son suyos propios. Allí se trata de una viuda que á lo mas va una vez cada día á suplicar á su juez; aquí se trata de la Iglesia católica, que en sus divinos oficios que celebra día y noche sin interrupcion, pide venganza de sus enemigos; de aquellos que la persiguen, que la calumnian, que la oprimen; allí es una súplica enfadosa é importuna; aquí son gritos aceptos al Señor, que salen por su orden, que se forman por medio de su espíritu estos gritos; penetrantes que mueven el corazon de Dios, los halla la Iglesia en los salmos; ella no los envía movida de odio contra sus enemigos; antes bien desea con ansia su conversion; los envía aun en su misma presencia para que toman los efectos y se conviertan; y si no lo hacen, no envía estos gritos ya por un deseo de venganza particular, sino por un deseo ardiente de que sea vengada la gloria de Dios y resplandezca su justicia. Querrian los perseguidores que no solo los cristianos, sino tambien aun su Dios quedara sin venganza; pero no, no será así. La Iglesia no debe por sí misma vengarse; pero tiene orden de gritar, de pe-

dir venganza de día y de noche, y Dios la librará de las violencias que le hacen sus enemigos, y su confianza no quedará sin recompensa.

Segundo. *Conclusion de esta parábola.* El Salvador concluye esta parábola con darnos una seguridad y con hacernos una pregunta. Primero. Nos da una seguridad. "Os digo que presto tomará de ellos venganza...." La venganza divina no tardó de caer sobre la infiel Jerusalem. ¿Contra cuántos particulares, tiranos y naciones enteras no se desahogó ella? ¿Con qué guerras, con qué muertes, incendios y estragos no castigó Dios el desprecio de la fe y las persecuciones suscitadas contra la Iglesia en el Africa, en el Asia, en la Grecia, sin hablar de lo restante de la Europa? Pero el colmo de los males es que cayendo el infiel debajo de los golpes de un Dios vengador, se endurece como el juicio; no quiere conocer la mano que le castiga; no se humilla ni se convierte. Pero ¡ah! todos estos golpes de la divina venganza no son mas que unas gotas del cáliz preparado para el gran día de las venganzas del Señor contra los pecadores; entonces el mundo entero se armará en su favor contra los pecadores.... Este día para nosotros no está lejos, pues el intervalo que hay entre nuestra muerte y aquel día grande, se debe contar por poco. Segundo. Jesucristo nos hace una pregunta. "Mas cuándo venga el hijo del hombre creéis que encontrará fe sobre la tierra?...." He aquí, pues, el origen de las persecuciones que sufren los escogidos y de los castigos con que Dios los vengará.... La falta de la fe.... Se olvidan las obras de la fe, se escuchan los engaños y se protegen, se desprecia la voz de los pastores, se cambia poco á poco de máximas y de lenguaje, se aborrecen los que están mas unidos á la fe y la defienden. Con estas disposiciones basta una chispa para excitar un incendio, un ligero incidente para declararse la persecucion. Son sacrificados los escogidos y bien que sus almas gocen en el cielo el fruto de sus victorias, esto no impide que estas mismas almas, segun la expresion figurada del Apocalipsis, no estén siempre al pie del trono donde día y noche gritan venganza, y que cuando el hijo del hombre oye sus gritos y viene á castigar los perseguidores, halle poco ó nada de fe en los caminos, barrios y ciudades en que ejercita sus venganzas. ¿Había por ventura mucha fe en Jerusalem cuando los romanos la destruyeron? ¿Qué iba aun acaso mucha por aquellos lugares y ciudades otras veces tan floridos por la religion cuando experimentaron las terribles revoluciones que en ellos cambiaron faz y gobierno? Lo que sucedió á estas particulares naciones llegará un día al universo entero. Después de haber recibido la fe, el mismo la perseguirá, correrá la sangre de los escogidos y quedarán sobre la tierra

1 Apoc. c. VI. r. 2.

ra pocos fieles cuando el Señor vibrará contra ella los últimos golpes; cuando vendrá, finalmente, y para siempre á vengar el mismo sus escogidos y á oprimir y castigar sus enemigos con todo el peso de su potencia... Roguemos, pues, á este Dios formidable en la expectativa de sus impenetrables juicios; supliquémosle con confianza, con perseverancia, sin cansarnos jamás ni desanimarnos.

## PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! Señor, lo comprendo; la dilacion de vuestras misericordias no es una repulsa, sino una prueba; conozco que era necesario pedirnos y suplicarnos con tanto mayor fervor, cuanto hasta ahora os hemos pedido sin apariencia de buen suceso, y que debemos esperar con tanta mayor confianza, cuanto después de largas dilaciones estamos mas próximos á ser oídos si no cesamos de pedir. ¡Ay pues de mí, si por falta de perseverar algunos momentos viniese á perder mi consolacion y mi corona! Os suplicaré y os rogaré pues, ¡oh Dios mio! no cesaré de pedirnos y la confianza animará incesantemente mi corazón... Haced, ¡oh Señor! que la fe me lleve á orar y que mi oracion aumente mi fe, ó antes bien, vos mismo suplid lo que á mi me falta; dadme el espíritu de la oracion, formad en mí, mediante vuestro Santo Espíritu, oraciones dignas de vos y para que jamás cese de obtener, haced que jamás cese de pedirnos. Amen.

## MEDITACION CCXVI.

## PARABOLA DEL FARISEO Y DEL PUBLICANO.

S. Luc., c. XVIII, v. 9, 14.

## DE LA HUMILDAD DE LA ORACION.

Observemos: Primero, quién son aquellos á quienes el Salvador enderezó esta parábola. Segundo, la oracion del fariseo. Tercero, la oracion del publicano.

## PUNTO I.

## DE AQUELLOS Á QUIENES EL SALVADOR ENDEZÓ ESTA PARÁBOLA.

“Y dijo tambien esta parábola á algunos que confiaban en sí mismos como justos, y despreciaban á los otros...”

Primero. *¿Quién eran aquellos á quienes Jesucristo enderezó esta parábola?* Eran hombres llenos de confianza en sí mismos,.... Esta confianza en sí mismo es opuesta á la confianza en

Dios, al temor de Dios y al respeto debido á Dios; ella procede de orgullo y es incompatible con la humildad. En esta funesta disposition no es posible hacer á Dios una oracion que le sea agradable, porque nos presentamos á él con pensamientos de presuncion, de estima de nuestro propio mérito y de una buena opinion de nosotros mismos, que ofenden sus divinos ojos y que tambien fastidian á los hombres cuando se dan algunas señales exteriores por donde puedan traslucirse.

—Es muy fácil caer en este defecto; guardámonos de él. ¡Cuántos hay que haciendo mucho caudal de sus pretendidos méritos, parece que mas piden en la oracion la paga de una deuda que una gracia!

Segundo. *¿Quién eran aquellos á quienes Jesucristo enderezó esta parábola?* Eran hombres que se miraban como justos.... Tres suertes de personas caen en este defecto: ciertos justos que tienen demasiado motivo para dudar de su justicia, ciertos hombres negligentes que tienen sobrada razon para temer que están en pecado; finalmente, ¿quién lo creerá? ciertos pecadores, principalmente cuando sus desórdenes no han comparecido á los ojos de los hombres. Tales son aquellos que se presentan delante de Dios, que entran en el lugar santo, que asisten á los santos misterios, á los ejercicios de la oracion con una familiaridad, con una audacia, con un orgullo y con una indevotion, que muchas veces se manifiesta aun hácia fuera y que escandaliza á los hombres é irrita al Señor.... Somos nosotros quienes fuésemos, no somos delante de Dios otra cosa que pecadores. Revistámonos pues de los sentimientos de nuestra indignidad, si queremos ser oídos en nuestras oraciones.

Tercero. *¿Quién eran aquellos á quienes Jesucristo enderezó esta parábola?* Eran hombres que despreciaban los otros hombres, como personas indignas de ser comparadas con ellos.... El desprecio que se tiene de los otros, viene del orgullo y de la soberbia y sustenta la soberbia y el orgullo. Si acaso este vicio está tan escondido y tan envejecido en nosotros, que nuestro amor propio nos lo enmascare y nos impida el verlo, reconozcámoslo á lo menos y asáltémoslo sin miramiento alguno en sus efectos, de los cuales el principal es el desprecio que nos inspira para con los otros. No permitamos que se levante en nuestro corazón el mas mínimo sentimiento, ni que salga de nuestra boca la mas mínima palabra de desprecio contra nadie. Guardémonos de preferirnos delante de Dios al mas mínimo de los hombres y aun al mas grande de los pecadores. Guardémonos de ser del número de estas tres suertes de personas á quienes el Salvador enderezó esta parábola.... “Dos hombres subieron al templo á hacer oracion, el uno fariseo....” Esto es, uno de aquellos hombres que hacen profesion de una observancia ejemplar y escrupulosa, y que se tenían y eran reputados por jus-

tos.... “Y el otro publicano....” Esto es, un hombre de una profesion desacreditada, porque los que la ejercitaban no hacian ostentacion de demasiado exactos en la observancia de la ley, porque estaban sujetos ó expuestos á la injusticia, á la avaricia, al lujo, á la crápula, y tales, en una palabra, que la voz pública frecuentemente los indicaba con el nombre de pecadores. ¿Quién no quedará sorprendido al ver dos hombres de una profesion tan diferente, hallarse juntos y que van al mismo tiempo á orar al templo? ¿quién no diría que el primero va á hacer una oracion sublime, agradable á Dios y digna de ser propuesta por modelo á todos nosotros, y que el segundo, por el contrario, poco iluminado en los caminos del Señor y poco instruido en su ley, va á hacer una oracion que será desechada del Señor? Pues con todo eso, accedió lo contrario, y esto es de cierto lo que nos debe humillar profundamente y hacernos temer el juzgar á nadie.

## PUNTO II.

## ORACION DEL FARISEO.

Primero. *Se refiere á todo el mundo.* “El fariseo se estaba....” La expresion del Evangelio, si no significa absolutamente que él estaba en pie, indica por lo menos el aire de confianza y de ostentacion con que se habia puesto en el templo cerca del altar y justamente para ser visto, distinguido y aun reputado por un grande hombre de bien.... ¡Ay de mí! nuestro exterior en el templo, en la casa de Dios, no tiene alguna cosa que se asemeje á la vanidad del fariseo.... “Oraba en su interior así: te doy gracias, ¡oh Dios! porque no soy como los otros hombres....” La accion de gracias es una parte de la oracion, pero debe estar fundada sobre el conocimiento de nuestra nada y de nuestra indignidad. Debe ir acompañado de un sentimiento de confusion y de dolor de haberse aprovechado tan poco de los beneficios recibidos, y de un sentimiento de temor por la cuenta que dedemos dar de ellos. Finalmente, debe convertirse enteramente en alabanza de Dios y no en alabanza nuestra, tener por término el amor de Dios y del prójimo, y no el amor de nosotros mismos y el desprecio del prójimo.... “Te doy gracias, ¡oh Dios! porque no soy como los otros hombres, rapaces, injustos, adúlteros....” Habia en este discurso una sátira amarga y excesiva y una loca presuncion. Con gusto se grita contra la malicia de los hombres y contra los desórdenes que entre ellos reinan; pero este celo es muy sospechoso, y cuando no estamos obligados á corregir á los otros, es muy peligroso el ejercitarlo. Por lo ordinario hay en esto mucha injusticia, porque la corrupcion se supone fácilmente mucho ma-

yor y mas general de lo que en la realidad es. Se encuentra tambien mucho orgullo, porque se pretende que el mal que se dice de los otros venga á ser elogio de nuestra virtud. Pero ¡ay de mí! ¡qué virtud! Nos creemos santos porque no nos pudrimos en el abismo del vicio. ¡Ah! si queremos compararnos á alguno, comparémosnos á los santos que nos han precedido, ó á las almas fervorosas que nos rodean. Ahí encontraremos de qué humillarnos y qué imitar. Si pensamos en los desórdenes que reinan en el mundo, este pensamiento nos debe servir de afliccion, nos debe hacer pedir perdón á Dios y empeñarnos á suplicarle que no desahogue su cólera contra los culpados! Este pensamiento debe humillarnos al considerar que sin un favor particular seríamos nosotros mismos mas perversos; debe hacernos temer que acaso caigamos una vez en los excesos que censuramos y que reprobamos.... “Te doy gracias, ¡oh Dios! porque no soy.... tampoco como este publicano....” ¿Con que no hay seguridad alguna contra las censuras y el orgullo de este fariseo? Este publicano está en el templo, está con modestia. Aquí ora; pues por qué tratarlo con tanto desprecio y ponerlo en la clase de los mas grandes pecadores? ¡Ah! ¡qué abominable es á los ojos de Dios este orgullo que no la perdona, ni aun á aquellos que se retiran á orar en su casa! ¡cuántas almas piadosas ó penitentes no pueden escapar la censura en el seno mismo de la piedad en los tribunales de la penitencia, ni en la sagrada mesa!

Segundo. *El fariseo se alaba á sí mismo.* “Ayuno dos veces en la semana; pago la décima de todo lo que poseo....” Los judíos fervorosos ayunaban el martes y el jueves, después con el tiempo los cristianos para no juzidar, ayunaron el miércoles y el viernes. Los judíos debían dar la décima de los frutos mas comunes de la tierra; pero los celantes de la ley, como los fariseos, daban la décima de todas las legumbres y de cualquiera yerba. Al oír, pues, á nuestro fariseo, él era un israelita fervoroso y un celante observador de la ley; sí, pero la enumeracion que hace delante de Dios, de todas sus buenas obras, le hace perder todo su mérito. Su vanidad viene á ser el escollo de su virtud. Es lícito tal vez hacer mención de nuestras buenas obras cuando nos hallamos obligados á rebatir la calumnia, como Job; á sostener nuestro ministerio como san Pablo, á animarnos á la esperanza y á resistir á la pusilanimidad y á la desconfianza como David; pero fuera de estas circunstancias, discurrir de nuestras buenas obras ó con Dios ó con los hombres, ó ir las recorriendo entre nosotros mismos, es ponernos en peligro, no solo de perder todo el fruto, sino tambien de llevarnos del orgullo y ponernos en peligro de murmurar, de despreciar á los otros y de obrar la iniquidad.

Tercero. *El fariseo no hace peticion alguna.* ¿Qué ha pedido este fariseo á Dios habiendo ve-

nido al templo á orar y á pedirle: ¿en la buena opinión que tiene de su virtud, ha pedido el aumento? ¿ha pedido á lo menos la gracia de perseverar en ella? ¿ha pedido alguna cosa para los otros? Nada; contento de sí mismo y despreciador de los otros, ha venido á satisfacer su amor propio, á dejarse ver de los hombres y alabarse delante de Dios; á hacer el elogio de sus pretendidos méritos y á darse delante de sus propios ojos la preferencia sobre aquellos que los rodeaban. ¿No nos sucede acaso á nosotros muchas veces salir de la ocasión sin haber pedido cosa alguna? Nuestra lengua ha pronunciado tal vez algunas palabras llenas de fervor y de demandas; ¿pero nosotros qué hemos pedido? Nada. ¡Ah! Si reflexionamos á lo que las mas veces nos ha ocupado delante de Dios, no reconoceremos con confusión que nuestra oracion es digna solo de nuestras lágrimas, y que muy semejante á la del fariseo, necesita de ser purificada con una oracion semejante á la del publicano?

## PUNTO III.

## ORACION DEL PUBLICANO.

Primero. *Su exterior.* No podíamos de vista alguna de las circunstancias que el Salvador ha tenido cuidado de unir aquí. Observemos en este publicano todas las cosas. Primero. El puesto que toma. . . . "Pero el publicano estando allá lejos. . . ." Esto es, á la puerta del templo, mientras que el fariseo se había puesto cerca del altar. ¡Ah! si yendo á la iglesia no nos paramos en la puerta, desde la puerta por lo menos pensemos á la majestad del lugar en que entramos, y purificándonos con el agua bendita, reconocamos nuestra indignidad y llenémonos de respeto por la santidad y grandeza de un Dios que vamos á adorar. La disipacion ó la distraccion con que algunos entran en la iglesia ó con que se ponen á orar, es un presagio bien seguro de la mala oracion que vendrá después. . . . Pasemos adelante con modestia, tememos el puesto que nos presentará, no lo busquemos con afectacion, no lo disputemos á ninguno; y si no es tal como lo podia desear nuestra vanidad, pensemos que estamos todavía mucho mas honrados en tenerlo y que nuestros pecados merecerian ser escluidos del sagrado templo.—Segundo. *Sus ojos.* "Ni me nos queris alzar los ojos al cielo. . . ." Y nosotros ni queremos alzarlos al cielo por la esperanza y para implorar los socorros, ni bajarlos á la tierra por humildad y para mostrar nuestro respeto; antes los alzamos con una audacia que ofendería á un grande de la tierra si estuviésemos en su presencia; nosotros los alzamos sobre todos los objetos que nos rodean para buscar en ellos un alimento á nuestra disipacion, á nuestra curiosidad,

á nuestra malignidad y acaso á nuestro corazon corrompido.—Tercero. *Sus manos.* "Y se daba golpes en el pecho. . . ." Era costumbre desde los primeros siglos darse golpes de pecho á la bendicion del sacramento, á la elevacion de la hostia en la misa y cuando el sacerdote se los da á sí mismo antes de la comunión; pero al presente ya nadie tiene valor para hacerlo, y si algunos lo practican, lo hacen como en secreto; tanta es la fuerza del respeto humano. Era tambien costumbre en lo demás del tiempo orar con las manos juntas ó un poco elevadas hácia el altar, ó modestamente fijas, ó finalmente, teniendo bajo de los ojos un libro de oraciones; pero ahora en vez de todo esto se ve un movimiento, una agitacion perpetua que muestra igualmente la ligereza del espíritu y la disipacion del corazon.—Cuarto. *Su postura.* Nada se dice de cuál ni cómo fuese su postura; pero un hombre que tenia sus ojos fijos en la tierra y con sus manos, se daba golpes de pechos, no estaba de cierto en una postura con que nosotros nos atrevemos á estar á las veces delante de Dios, y con la que ni aun nos atrevieramos á estar delante de personas menos respetables; postura que en vez de mostrar respeto, indica mas bien desprecio, amor propio y disipacion.—Quinto. *Sus palabras.* "Diciendo: Dios. . . ." Hablaba á Dios y hablaba solo á él. Nosotros al contrario, en la iglesia misma hablamos y discurrimos con las criaturas, y muchas veces nos salimos de allí sin haber dicho á Dios una palabra. ¡Cuántas irreverencias en nuestro exterior que escandalizan los mismos hombres! ¡cuántos defectos en nuestro interior que ofenden al mismo Dios!

Segundo. *La peticion del publicano.* "Diciendo: Dios, ten piedad de mí, pecador. . . ." Sea esta oracion el modelo de la nuestra, y procuremos con ella reparar los defectos de todas las otras. ¡Dios mio, por cuántos motivos conviene á mí esta oracion! Os doy mil gracias por habérmela enseñado y por haberme asegurado el éxito que ella ha tenido. La diré, pues, continuamente, y así la repetiré con frecuencia y tendré al fin la dicha de mover vuestro corazon y obtener de vos misericordia.

Tercero. *El éxito de la oracion del publicano.* "Os digo que este se volvió justificado á su casa á diferencia del otro. . . ." ¡Afortunada preferencia! ¿y quién podrá procurárnosla? La humildad. Apliquémonos, pues, á adquirir esta virtud, tengamos siempre fija en nuestro espíritu esta sentencia, muchas veces repetida ya por nuestro Salvador. . . . "Porque cualquiera que se exalta será humillado, y quien se humilla será exaltado. . . ." Sentencia que se verifica continuamente delante de Dios y tambien entre los hombres.

## PETICION Y COLOQUIO.

Ayudadme, pues, oh Señor! á dominar mi

orgullo; obstáculos siempre vivo al éxito de mis oraciones. ¡Ay! ¡de mí! Semejante al fariseo, ¡cuántas veces casi sin pensar en vos me he llegado hasta el pie de vuestros altares; cuántas veces en el lugar de vuestras continuas humillaciones me he atribuido derechos, he afectado singularidades, he tomado un aire imperioso, me he desentendido en hacer comparaciones orgullosas en que siempre he decidido á mi favor! Perdonadme, ¡Dios mio! perdonadme. Triunfad de esta dominante flaqueza de mi corazon; triunfad de mi amor propio, que acaso no es diferente del fastoso orgullo del fariseo cubierto de hipocresía, y que justamente por estar cubierto con el manto de la piedad, será acaso mucho mas culpable á vuestros ojos. . . . "Dios, ten piedad de mí, pecador. . . ." y el máximo de los pecadores. Amen.

## MEDITACION CCXVII.

## NIÑOS PRESENTADOS A JESUCRISTO.

San Mateo, cap. XIX, v. 13,  
15.—San Marc., cap. X, v. 13,  
16.—San Lucas, cap. XXVIII,  
v. 15, 17.

Nosotros descubrimos aquí en Jesucristo: primero, una bondad inefable; segundo, una enseñanza divina; tercero, una bendicion inestimable.

## PUNTO I.

## BONDAD INEFABLE.

Lo primero. *En la complacencia de Jesús.* "Entonces le presentaron unos niños para que les impusiese las manos y orase. . . ." Mientras Jesucristo instrua sus apóstoles y ellos escuchaban con una particular atención los sublimes y tiernos documentos que les daba este Dios Salvador, muchos padres y madres vinieron con grande solicitud á presentarle sus hijitos pequeños y á pedirle que les impusiese las manos y rezase sobre ellos alguna oracion y los tocase. . . . Estos niños, animados de la piedad de sus padres, no fueron á él con menor ardor. Los unos y los otros se abrian camino por medio de la multitud y se adelantaron y llegaron hasta sus pies. Veía Jesús con complacencia esta diligencia. . . . No debía animar esta misma bondad á los padres cristianos á ofrecerle sus tiernos hijos, no solo haciéndoles recibir el santo bautismo, sino tambien encomendándoles cada día al Señor, instruyéndolos, enseñándoles á orar, á temer á Dios, á amarlo, á asistir con modestia á los oficios de la Iglesia, y finalmente, disponiéndolos á hacer con tiempo

su primera comunión, esto es, antes que el vicio haya corrompido su corazon?

Lo segundo. *En la indignacion que muestra.* "Lo que viendo los discípulos les reñian. . . ." Los apóstoles, que estaban con atención oyendo las instrucciones que les daba su Maestro, contenian á los padres y á las madres, les reprendian y echaban de allí los niños con aspereza y se obstinaban en apartar y alejar esta tropa que los incomodaba y de quien tambien creian que fuese importunado su Maestro. . . . ¡Ah! no conocian aun bien la bondad del corazon de Jesús, como tampoco la conocieran aquellos que contuviesen ó apartasen en los caminos del Señor ó en la frecuencia de sacramentos las almas piadosas é inocentes. . . . "Y cuando lo vio Jesús lo llevó muy á mal. . . . Y llamándolos dijo (á sus discípulos). . . ." Se indignó el Salvador, no del concurso ni de la multitud del pueblo, sino de la conducta de los discípulos, y su enojo creció hasta la indignacion. Llamó á sí los niños que habían sido apartados y á los que los apartaron, y habló á estos últimos en un tono que podia hacerles conocer su bondad para con los niños y su disgusto contra ellos, que los apartaban y les alejaban de sí. . . . ¿Cuál será, pues, su indignacion contra aquellos que debiendo estar mejor instruidos que lo estaban entones los apóstoles, y que haciendo aquí en la tierra sus veces, despiden, dosechan y alejan de sí los pequeños, los ignorantes, los simples y los pobres?

Lo tercero. *En el precepto á orden que da á sus discípulos.* "Pero Jesús dijo: dejad que vengan á mí los niños, y no queráis prohibirselo, porque de estos tales es el reino de Dios. . . ." ¿Cuál debió ser el consuelo de estos padres y el júbilo de los niños cuando oyeron estas tiernas palabras? ¿quién podria no quedar enternecido á una tan amable condescendencia, y á una bondad tan excesiva de Jesucristo? ¡Ah! enciendan estas palabras el celo de aquellos que están encargados de la instruccion de los niños, ellas los animen á sufrir las fatigas, el tedio y los disgustos de su empleo considerando solo lo que en ellos amó Jesucristo, su inocencia, la gracia de Dios, la adopcion divina y las disposiciones que estos tienen para recibir con docilidad las verdades del Evangelio. Enseñámonos estas palabras á hacernos nosotros mismos niños, para acercarnos libremente á Jesús y para ser acogidos de él con afecto. . . . Ser niños según el Evangelio, es tener las cualidades que forman el carácter de los niños, la inocencia, el pudor, el candor, la simplicidad, la dulzura, la docilidad y la obediencia; es estar exentos de los defectos desconocidos á los niños, del orgullo, de la ambicion, de la impureza, del doblez, del resentimiento y de la codicia, y tambien en cuanto es posible del conocimiento del mal. Si no nos aplicamos á ser en estos puntos semejantes á los niños, no esperemos tener parte en los favores de Jesu-

cristo, en el conocimiento de sus misterios y en la gloria de su reino.

## PUNTO II.

## ENSEÑANZA DIVINA.

“En verdad os digo, que el que no recibiere el reino de Dios como niño, no entrará en él...”

Primero. *No hay sino un Dios á quien convenga proponer en tales términos su doctrina.* Los sabios, los fariseos, los maestros que se presentan para instruirnos, para darnos parte de los sistemas que han inventado, de las verdades que creen haber hallado, no tienen derecho de hablar á los hombres como á niños. Y verdaderamente ninguno de ellos se ha atrevido á tomar este tono de autoridad; si alguno lo hubiese tomado, todos lo habrían detestado su orgullo, despreciado su persona y desechado su doctrina. Sólo Jesucristo nos ha dicho que debemos recibir su doctrina, entrar en su Iglesia, serle dóciles, sumisos y obedientes como niños... A una enseñanza tan sublime y tan inaudita, reconozco el Dios que me habla. ¿Y quién somos nosotros de hecho, sino unos niños en presencia del Verbo encarnado que nos habla por sí mismo? ¿quién somos nosotros, sino niños en presencia del Espíritu Santo que nos habla por medio de los apóstoles, sobre quienes ha bajado, y por medio de la Iglesia que dirige y gobierna? Sí, esta docilidad de infantes que Jesucristo exige de todos los hombres, so la pena de no entrar jamás en su reino, esto es, en su Iglesia aquí en la tierra y en su gloria en el cielo; esta docilidad que repugna tanto al orgullo de algunos filósofos, es para mí una prueba de la divinidad de Jesucristo, porque no hay otro que un Dios que pudiese proponer de este modo su doctrina, y todo aquello que venía á establecer sobre la tierra para la salvación de los hombres. Pero el mal de muchos de nosotros, es que rehusando á Dios una docilidad tan legítima y tan racional, tienen para los hombres mortales, que les venden solamente extravagancias, absurdos y contradicciones, una docilidad tan necia, que los degrada y los condena.

Segundo. *Esta manera de proponer su doctrina era solo la que convenia á un Dios.* Desde que Dios ha querido dignarse de hablarnos por medio de su propio Hijo, Dios como él, desde que ha querido gobernarnos por medio de su Espíritu Santo, Dios como él, zera por ventura conveniente que entrásemos con él en disputa? zera por ventura conveniente á él el permitirnoslo? ¿no debía antes bien prohibirnoslo? ¿y el mismo Dios que exigía el homenaje de nuestro corazón por medio de un amor superior á todas

las cosas, no debía también exigir el homenaje de nuestro espíritu por medio de una docilidad entera y perfecta? Rehusa, pues, dar á Dios un homenaje que le es debido el que no recibe con la simplicidad de un niño todo aquello que él nos ha revelado por sí mismo y todo lo que nos enseña por medio de su Iglesia.

Tercero. *Esta manera de proponer era la sola que convenia á la doctrina celestial del reino de Dios.* Jesucristo no ha venido ya á la tierra para enseñarnos verdades naturales, curiosas y estériles, sino verdades esenciales á nuestra salvación y á nuestra eterna felicidad, y que debemos creer y practicar para llegar á ella. Ahora, estas verdades tienen entre sí relaciones y en sí mismas razones intrínsecas, que son superiores á nuestra inteligencia en el estado en que nos hallamos. Debían, pues, estas verdades proponerse con una autoridad suprema, que exigiese de nosotros una docilidad propia de niños. Así las han recibido tantos genios sublimes que forman la gloria de la Iglesia y que por medio de una fe inconcusa á estas mismas verdades, se han elevado á las mas sublimes contemplaciones.

Pero aquellos que han querido penetrar los dogmas de la revelación antes de recibirlos, discurrir y examinar el plan de la Iglesia antes de entrar en ella, no han entrado jamás, y aquellos que después de haber sido en ella regenerados, se han apartado de la simplicidad de infantes, han salido de ella para no volver otra vez á entrar... Pero abandonando la simplicidad de la fe, ¿cuántos absurdos no han caído los unos y los otros, los filósofos y los herejes!... Los filósofos no han querido conocer á su Criador, han dudado si hubiese un Dios, si fuese uno solo, si existiese un mundo, si este mundo fuese Dios, si existiesen ellos mismos, si ellos fuesen bestias ó máquinas, si una máquina de huesos y carne pudiese pensar... Los herejes han caído en no menores absurdos, bien que de otro género; los unos han negado la divinidad de Jesucristo, los otros su humanidad; los unos confundiendo las dos naturalezas, y dividiéndolas los otros en dos personas, destruían todos igualmente el misterio de la redención. Los unos han hecho sistemas de la predestinación y de la gracia en que ni hay libertad, ni justicia; los otros sistemas de libertad en que Dios y su gracia se encuentran por nada... ¡Oh Dios mío! ¿se requiere otra cosa para hacernos ver cuánta razón tuvisteis para decir que nosotros debemos recibir al reino de Dios como niños, sin lo cual jamás entraremos en él? ¡Ah! lo recibí con esta disposición. Vos habéis hablado, ¡oh Señor! vos lo habeis dicho, esto me basta. La Iglesia lo enseña igualmente, tanto basta para mí; creo, recibo, me someto, soy un niño y quiero ser un niño sumiso y dócil.

## PUNTO III.

## BENDICION INESTIMABLE.

“Y abrazándolos y poniendo sobre ellos las manos los bendecía...” Y se partió de aquel lugar...” Habiendo hecho Jesucristo que se acercasen aquellos niños, los trató con una ternura inexplicable. Los abrazó, los unos después de los otros, les impuso las manos á todos y los bendijo orando sobre ellos... ¡Oh afortunados niños! ¿quién no envidiaría vuestra suerte? ¿y cuál fué en vosotros el fruto de una bendición concedida con tantas señales de bondad? pero quién me impide á mí el obtenerla? No me queda otra cosa que hacer sino presentarme como vosotros á este divino Salvador.

Lo primero. *Con simplicidad,* con un corazón puro, recto, dócil, sin ficción y sin malicia.

Lo segundo. *Con confianza,* lleno de fe en su potencia, de esperanza en su bondad, de amor para con él, de ardor de unirme á él y de deseo de merecer sus favores.

Lo tercero. *Con constancia,* perseverando en buscar tan grande bien, sufriendo las repulsas y malos tratamientos de los hombres, venciendo todos los obstáculos, hasta que haya conseguido lo que deseo, hasta que él mismo me llame á sí é imponga silencio á los que me estorban; entonces por un exceso de su amor, mucho mayor que aquel que admiramos aquí, vendrá él mismo á mí y entrará en mí, para unirse é incorporarse conmigo.

## PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh favor! ¡oh bendición inestimable! Miserable de mí, no he hecho jamás una seria reflexión en ella, jamás he tenido en mí algún ardor de desealarla ni he pensado jamás en prepararme dignamente para recibirla. ¡Ah! quiero desde este punto disponerme á recibirla en adelante con aquellas cualidades que son propias de niños; ellas me harán gustar su dulzura y me asegurarán el fruto. ¡Oh Señor! dadme estas preciosas cualidades de la niñez cristiana, de aquella niñez evangélica que crece sin dudar los misterios de la fe, no obstante la oscuridad en que están envueltos; niños que verdaderamente juiciosos y sólidamente racional, abraza las prácticas de aquella piedad vulgar, las señales exteriores de aquella devoción simple y comun, que repueba y descredita la falsa sabiduría del mundo. Amén.

## MEDITACION CCXVIII.

## UN JOVEN CONSULTA AL SALVADOR SOBRE EL CAMINO DE LA SALUD.

S. Marc., c. X, v. 13, 22.  
—S. Mat., c. XIX, v. 16,  
22.—S. Lúe., cap. XVIII,  
v. 18, 23.

Observemos: primero, la pregunta de este jóven; segundo, su sabiduría; tercero, su tristeza.

## PUNTO I.

## DE LA PREGUNTA DE ESTE JOVEN.

“Y cuando salió para ponerse en camino corrió á él un tal... uno de los principales...” Y puesto de rodillas le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para adquirir la vida eterna?...”

Primero. *¿Cuál es la manera con que este jóven hace su pregunta?* Primero. *La hace con fervor.* Luego al punto después de haber dado Jesucristo la bendición á los niños, se levantó y salió con sus apóstoles del lugar en que estaba, para ir á predicar en algunas partes de aquel distrito, á la otra parte del Jordán. Apenas se había puesto en viaje, cuando un jóven corrió á él con la mayor diligencia y ardor. Es necesario ir á Jesucristo, á la oración, á la comunión, con este fervor de espíritu, con esta presteza de cuerpo y con esta alegría espiritual. Segundo. *Hace la pregunta con respeto.* Este jóven era príncipe del pueblo; esto es, cabeza de una de las principales familias, y poseía muchos bienes; todo esto no le impidió el mostrar á Jesús el mas profundo respeto, doblando la rodilla delante de él después que lo alcanzó... ¡Ay de mí! ¿qué vergüenza para nosotros, que teniendo un conocimiento mas claro de Jesucristo y reconociéndolo por nuestro Dios, por nuestro Salvador y nuestro Juez, nos presentamos á él con tanta indecencia y con tan poco respeto! Tercero. *Hace su pregunta con confianza.* Da á Jesucristo el nombre de Maestro bueno. ¡Ah! ¿cuánto mas viva hubiera sido su confianza si hubiese sido testigo de la complacencia y de la ternura con que este divino Salvador había poco antes abrazado y dado la bendición á los niños! Y nosotros que estamos instruidos de todas las señales de bondad que no ha cesado de dar á los hombres, ¿por qué vamos siempre á él con un cierto sentimiento, no de temor respetuoso y filial, sino de desconfianza injuriosa que ofende su corazón y nos priva de sus favores? ¡Oh buen Maestro! ¡oh Maestro de bondad y de misericordia! perdonad mi desconfianza, sanadla; desconfío solo de mí mis-